PAPEL LITERARIO

Prisma

Vicente Gerbasi

JUAN LISCANO

La condición humana no es lineal ni rsponde masivamente al objetivo o meta fijado. Es una continua explosión de los mismos volcanes con las mismas consecuencias. Ni siquiera la muerte, denominador común inevitable, otorga al linaje del hombre conducta y creencia comunes. Cada quien muere como puede, como quiere o como sucede. La pluralidad y diversidad humanas, abarcan todos los grados de santidad, honestidad y paz de conciencia o bien de infamia, ruindad, criminalidad y ausencia de conciencia. El animal humano puede estar por debajo de la bestia o puede aproximase a un destino sobrehumano. La decadencia hedonista y pragmática de nuestra época no es diferente a la decadencia del Imperio romano y a su hedonismo. El fanatismo fundamentalista islámico es tan insoportable y limitado hoy como en los tiempos de los vengadores premiados con haschich por el Viejo de la Montaña. Y la arrogancia de ayer de unos pueblos calificando a otros de bárbaros, sigue siendo la actitud de poder occidental.

Por eso he buscado siempre, en el universo de la lectura y del arte, a creadores solitarios qe ennoblecían la condición humana por su sacrificio, sus ideas, su experiencia vital, su escritura, su espiritualidad alzada. Entre Van Gogh y Picasso aprendo de Van Gogh y pierdo descubriendo el egocentrismo machista de Picasso. Hesse me parece una cumbre resplandeciente al lado de Truman Capote o Hemingway. La experiencia y comportamiento creador de Reverón me enriquece mientras que el delirio paranoico y el narcisismo mercantil de Dalí me da náuseas. Nada de esto tiene que ver con el juicio de valores de la obra. Tiene que ver

con la escala de ser hombre. Me iluminó, me restituyó a los mejores momentos de mi juventud enamorada de creadores con espíritu despierto y actuante, todo lo que dijo Vicente Gerbasi en la entrevista que le hizo Maritza Jiménez en El Universal del domingo 26 de agosto. La sensibilidad desconcertante pero cierta de Enrique Hernández D'Jesús, captó en las fotografías que completan la entrevista, la luminosidad serena a la que alcanza Vicente, en sus 77 años de edad, Y la renovada toma de conciencia de su religiosidad poética y metafísica. Dios y la naturalez reinan sobre su creación imperecedera dentro de la humana frontera. Curiosamente, cuando tres generaciones de poetas dieron la espalda a Dios y a la Naturraleza en aras de lo existencial exclusivo, del ego, de la inmediatez, de lo actual, de lo cotidiano, del sexualismo, del humor, de la parodia, de lo presuntamente real, con excepciones conocidas o matizaciones interesantes, despuntaron primero Ramos Sucre, el gan esteta erudito y misterioso, siempre lindante con la esoteria y gran habla de los símbolos, a mil leguas de lo social, de la poesía comprometida, del realismo, del humor, de la cotidianeidad, y después, Vicente Gerbasi, suma de cultura romántica, de religiosidad poética, de profundidad existencial, de identificación mágica y amorosa con la Naturaleza sentida como Dios u obra divina. Ascendiendo por la espiral de una inspiración en gran parte personal, pero también de una formación de lecturas muy distintas de las que prevalecen ahora, de un acercamiento no a los clásicos, sino a los creadores esenciales de la poesía, Dante como Darío, Rilke como José Antonio Silva, la Biblia como los surrealistas, Vicente abierto a todos los vientos de la amistad, de la noble embriaguez anacreóntica, de la majestuosiadad chamánica, del misterio telúrico, de la irradiación divina, escribió una obra poética que tan sólo la marginalidad cultural venezolana, impide ser una de las más sobresalientes de Iberoamérica. El juicio de valor de esa obra ha dado lugar a importan-

tes monogafías de crítica literaria. Vicente, como Ramos Sucre, es el plato fuerte de lo que llaman en U.S.A., el "scholar". Desde otro aspecto, lo exaltan como para oponer-lo a la chatura de las letras poéticas regidas por la inmediatez, la moda, el compromiso, el juego, el ahogo narcisista o egocéntrico. Vicente sonríe en las fotos de Hernández D'Jesús, con la paz serena de alguien que va hacia Dios, sin cruzadas, sin cimitarras, sin hoz y martillo, sin computadora, sin picassadas, sin la codicia egoísta de los monstruos sagrados, simplemente poético y auténtico, como la Natualeza a la que ama. Esto parece ingenuo, fuera del mito de la contemporaneidad electrónica, mas es grande, real, es hombría de bien.